



Seix Barral

Mark Rowlands

La felicidad de los perros

Filosofía canina para disfrutar de la vida





Seix Barral Los Tres Mundos

Mark Rowlands

La felicidad de los perros

Filosofía canina para disfrutar de la vida

Traducción del inglés por
María José Díez Pérez

Título original: *The Happiness of Dogs: Why the Unexamined Life Is Most Worth Living*

© Mark Rowlands, 2024.

Publicado originalmente en inglés por Granta Books con el título
The Happiness of Dogs: Why the Unexamined Life Is Most Worth Living.

Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Mark Rowlands ejerce el derecho moral a ser identificado como el autor de esta obra.

Primera edición: mayo de 2025

ISBN: 978-84-322-4487-2

Depósito legal: B. 7.605-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

13	<i>Prefacio</i>
21	1. La piedra de Shadow
49	2. La vida sin examen
77	3. Espejito, espejito
117	4. La libertad del jugador
147	5. Perros buenos
191	6. Un diseño de vida
221	7. Solo perros que sufren de los <i>yips</i>
253	8. Algunas veces sobre el Edén
295	<i>Lecturas adicionales</i>
307	<i>Agradecimientos</i>
309	<i>Índice analítico</i>

1

LA PIEDRA DE SHADOW

A Sísifo hay que imaginarlo feliz.

ALBERT CAMUS,
El mito de Sísifo

Cada mañana, Shadow y yo salimos por la puerta del fondo del jardín y vamos hasta la orilla del canal que discurre por detrás de nuestra casa. Lo llevo con la correa durante los primeros segundos, mientras me aseguro de que no hay nadie cerca. Es mejor evitar sorpresas, como la aparición inesperada del bulldog americano que vive al lado, al que de vez en cuando Shadow muestra una violenta antipatía que es mutua. Mientras me dispongo a soltarlo, mueve la cabeza y los hombros a un lado y a otro, con un entusiasmo excesivo que no puede contener. Después sale corriendo, como

una bala. Hacia el norte. Cien metros. Doscientos. Trescientos. Cuatrocientos. Antes de detenerse despacio, darse la vuelta y volver al trote conmigo. A medida que se acerca, su ritmo aumenta poco a poco, cada zancada más larga y veloz que la anterior. Llega donde estoy. Y me deja atrás. Va hacia el sur. Cien metros. Doscientos. Quizá trescientos, depende de cómo se sienta. Últimamente rara vez llega a los cuatrocientos en ese segundo tramo. Ninguno de los dos es tan joven como antes. Al cabo, se para, describe un amplio giro y vuelve conmigo contoneándose.

Todos somos inmigrantes aquí, en este canal de Miami. Yo soy del Reino Unido, pero este es mi decimosexto año de sol en el sur de Florida. Shadow ha vivido aquí seis de esos años. Nació en la pequeña ciudad de Homburg, cerca de Saarbrücken, en el oeste de Alemania. Sus antepasados, sin embargo, eran originarios de más al este, puesto que es un pastor alemán de trabajo de Alemania del Este. Como es habitual en este tipo concreto de perros, es grande para ser un pastor alemán, mide unos setenta y cinco centímetros de altura a la cruz y pesa poco menos de cuarenta y cinco kilos. Parece completamente negro, pero si se mira con atención, entre los dedos, se ve que el pelaje es marrón claro, lo que hace que, técnicamente, sea bicolor. Por motivos que explicaré a grandes rasgos más adelante, no recomendaría a nadie que se acercara lo suficiente para mirar entre los dedos.

Los otros emigrados de esta orilla son las iguanas —iguanas verdes—, originarias de América del Sur y Central. Ellas son el motivo de la frenética carga arriba y abajo a la que Shadow se lanza por el canal. Después, con el sofocante calor de la tarde, las iguanas buscarán zonas soleadas para calentarse, pero a esta hora de la mañana, cuando no es ni pronto ni tarde, festonean las orillas, colocadas a intervalos semirregulares. En la incursión al norte inicial de Shadow, es posible que haya unas treinta o cuarenta iguanas en fila con unos diez metros de separación entre sí; el equivalente meridional es menos predecible, puesto que, para entonces, las iguanas presentirán que está pasando algo y habrán tomado las precauciones necesarias. Cuando los estruendosos pasos de Shadow se acercan a una distancia inaceptable, las iguanas se lanzan al agua sucesivamente, una detrás de la otra. En la década de 1930, el director de Hollywood Busby Berkeley diseñaba famosas coreografías acuáticas. En uno de los números, las bailarinas, situadas en fila al borde de una piscina, se lanzaban al agua de lado, una tras otra. El efecto visual general era como la apertura de uno de esos anticuados abanicos. En conjunto, las iguanas logran algo sumamente parecido a este icónico despliegue de los inicios hollywoodienses, solo que un poco más *reptiliano*, claro está.

El resultado de los decididos esfuerzos de Shadow es que, cada mañana, montones de iguanas se

exilian al otro lado del canal. Durante el paseo de después de comer, Shadow va dando botes por su lado del canal, mirando con mala cara a los cientos de iguanas que ahora toman el sol en el otro lado, lo característico a esta hora, como si dijese: «Oh, sí, será mejor que os quedéis ahí». Pero aunque es posible que recuerden lo sensato que es hacer eso durante el día, la noche es tiempo de olvido para las iguanas. Por la mañana habrán regresado a la orilla del canal de Shadow, y este teatrillo se repetirá hasta el más mínimo de los detalles.



Este drama que se desarrolla a diario es claramente sisífeo. En la mitología griega, Sísifo era un mortal que ofendió a los dioses y pagó por ello con una tarea monótona que se repetía eternamente. En vida, en general se tenía a Sísifo por un cliente difícil y desagradable. Al parecer, la muerte no lo cambió mucho. Tras convencer a los dioses de que le permitiesen regresar a la tierra para transmitir un mensaje urgente —básicamente reprender a su mujer por no haberle organizado un funeral apropiado—, Sísifo se negó a volver al inframundo. El castigo que le impusieron los dioses fue ingenioso y severo. Sísifo fue condenado a hacer rodar una enorme piedra hasta la cima de una colina. Cada vez que llegaba arriba —después de quién sabe cuánto esfuerzo agotador—, la piedra rodaba de

nuevo hasta abajo. Tras seguirla, él tenía que empezar a subirla de nuevo. Y eso era todo para Sísifo, durante toda la eternidad.

El más allá de Sísifo es lo que se entiende generalmente como la perfecta encarnación de una vida sin sentido. Si bien versiones convencionales del mito resaltan la inmensidad de la piedra y el agotador esfuerzo que tenía que hacer Sísifo para avanzar un solo paso, ello no capta la verdadera mezquindad del castigo. Imaginemos, por ejemplo, que la enorme piedra se sustituye por un guijarro pequeño, uno que Sísifo pueda llevar fácilmente en la mano o en el bolsillo. De este modo, su tarea sería menos onerosa, pero dudo que la canallada fuese mucho menor. Así y todo, debería volver cada vez al pie de la colina y comenzar su tarea de nuevo. La crueldad del castigo se deriva no de su dificultad, sino de su inutilidad. Haga lo que haga, Sísifo nunca tendrá éxito, porque no hay nada en su tarea que cuente como éxito o como fracaso. Tanto si llega a la cima como si no, la piedra siempre bajará rodando hasta el pie de la colina, donde él tendrá que comenzar de nuevo. Sísifo sube la piedra a la cima solo para poder volver a hacerlo otra vez. Y otra. Y otra...

En su descripción de la falta de sentido como una actividad repetitiva que tiene por objeto únicamente la perpetuación de la misma, el mito de Sísifo suele considerarse una alegoría de la vida humana. En un día cualquiera, es posible que un

humano cualquiera se despierte, se enfrente a la rutina de ir al trabajo como cada día, se suba hoy al mismo tren al que se ha montado infinidad de días antes, llegue a una oficina donde, pequeños detalles aparte, hoy hará lo mismo que hizo ayer y hará mañana. ¿El resultado de todo esto? Probablemente muy poca cosa. Cualquier logro no tardará en verse borrado por la implacable marea del tiempo. Durante toda esa jornada laboral, la salida del trabajo, el regreso a casa, las ocho horas o más de en medio, esa persona estará rodeada de otras personas que harán básicamente lo mismo, con el mismo resultado o la falta de este. Tal vez esas personas sean felices o tal vez no, pero lo harán de todas formas. Quizá en casa las esperen parejas e hijos, unos hijos que un día crecerán y harán las mismas cosas que sus padres, con los mismos resultados, su vida una mera variante notacional de la de sus predecesores. Cada paso que Sísifo da colina arriba es como un día en la vida de una de esas personas. En este sentido, todos somos Sísifo. La única diferencia es que Sísifo vuelve al pie de la colina, mientras que nosotros dejamos esa tarea a nuestros hijos (si los tenemos).

El mito de Sísifo, por tanto, supone un serio desafío a la idea de que la vida humana puede tener sentido. Una vida sisífeas da la impresión de no tener sentido, y nuestra vida da la impresión de ser sisífeas. Ante este desafío podemos negar que nuestra vida sea sisífeas o podemos negar que una vida

sisífea sea necesariamente una vida falta de sentido. Shadow, tal vez más que nadie, me ha convencido del poder y las posibilidades de la segunda opción.

Cada mañana, Shadow expulsa a las iguanas a la orilla de enfrente. A la mañana siguiente estas habrán regresado y Shadow tendrá que volver a intentarlo de nuevo. Las iguanas son la piedra de Shadow. Pero no solo da la impresión de que esta es una de las partes más placenteras de la vida de Shadow, sino que también, mi intuición me convence de ello, es una de las partes con más sentido. Prácticamente todo el que ha pensado en esto nos dice que no es posible que tenga sentido una vida sisífea, definida por una actividad repetitiva que tiene por objeto únicamente su propia repetición. Pero si Shadow está en lo cierto, puede que sí lo tenga. En este caso la respuesta al desafío de Sísifo es el infatigable entusiasmo de un perro. Encontrar sentido a la vida nos resulta difícil, pero para los perros es fácil. Las consecuencias de esta percepción son profundas e inquietantes.



Es posible que todos seamos inmigrantes en las orillas de este canal, pero las iguanas no tienen papeles y, debido a ello, a menudo reciben un trato duro por parte de las autoridades locales. Están catalogadas como «invasivas», lo que significa que

son una especie no autóctona que está dañando el ecosistema local. Esta es una acusación desagradable y profundamente irónica donde las haya, puesto que la vierte la especie invasiva primera y más consumada con diferencia. Salimos de África y lo invadimos todo, y ahora se lo ponemos fácil a otras especies invasoras dejando que se suban a nuestros barcos y aviones. Las iguanas se ven sujetas esporádicamente a distintos intentos de extirpación, casi siempre por envenenamiento. Es una empresa triste e inútil, sisífeas a su manera. En cuestión de semanas, los efectivos se habrán repuesto, llegados desde barrios circundantes. Pero esas semanas que median entre la extinción y la restauración locales son duras tanto para mí como para Shadow, aunque debo admitir que por distintos motivos.

Por mi parte, me gustan nuestras iguanas. He dado nombre a algunas de ellas. En la generación más reciente están Cocky, que tiene un umbral de huida muy alto, siempre es la última y más reacia a refugiarse en el canal; Bolt, al que se le ve un virote de ballesta asomando en el lomo. No parece que lo ralentice mucho. En una ocasión hice un intento poco entusiasta de cogerlo para verlo bien o quizá incluso quitarle el virote, pero no pude acercarme. También está Stripey, una iguana rayada, y la más impresionante: Big Poppy, que mide ¡más de un metro y medio de largo! La primera vez que la vi con el rabillo del ojo, durante un instante,

pensé que era un caimán. Me dio un buen susto. Después de cada envenenamiento, cuando llega el flujo de nuevos inmigrantes, yo, un Adán desanimado en su jardín del Edén, debo empezar de nuevo mi tarea de dar nombre a los animales.

Sin embargo, cualquier tristeza que pueda sentir yo no es nada en comparación con la devastación que sufre Shadow. La primera mañana que sigue al gran envenenamiento para él siempre es de perpleja desolación. Su carga inicial hacia el norte da comienzo con su habitual drama y pompa, pero va perdiendo fuelle poco a poco, en cuanto se da cuenta de que nada huye de él y no hay zambullidas despavoridas en el agua. Intenta cambiar las cosas un poco: una carga aleatoria aquí, un pequeño esprint allá, para ver si molesta a algún animal que se haya escondido. En vano. Al final me lanza una mirada inquisitiva, como hacen los perros cuando se topan con un problema que no pueden solucionar. El resto del paseo matutino, Shadow se limita a hacer las cosas por inercia, un pobre eco de lo que suele ser. Es como si alguien le robase la piedra a Sísifo en plena noche. Pero cuando despertara, en lugar de alegrarse, como podríamos pensar justificadamente que sucedería, cayera en la desesperación. Quitarle la piedra a Shadow no genera dicha, sino un profundo dolor existencial. Es como si, contrariamente a lo que pensábamos, la piedra de Sísifo resultara ser no su maldición, sino su felicidad.

¿Qué es lo que diferencia a Shadow y a Sísifo para que básicamente la misma vida —una vida con la misma forma y el mismo objetivo en general— posiblemente rebose de sentido cuando la vive el primero y esté completamente desprovista de sentido cuando la vive el segundo? Una respuesta obvia, quizá simplista, sea que Shadow es feliz, mientras que Sísifo no. Pero esta es solo una parte, relativamente pequeña, de la historia. Después de todo podemos encontrar maneras de hacer que Sísifo sea feliz sin imbuir su existencia de ningún sentido. Imaginemos, por ejemplo, que los dioses decidieran conceder a Sísifo una pizca de misericordia. La piedra, la colina, el trabajo interminable e inútil seguirían siendo algo innegociable por parte de los dioses, pero la misericordia de estos residiría en cambiar la actitud de Sísifo con respecto a estas cosas. Lejos de odiarlas, como hemos de suponer que las odiaba en la versión estándar del mito, Sísifo —debido a la intervención divina— ahora las adora. Nunca es más feliz que cuando hace subir enormes piedras por pronunciadas laderas, y los dioses le han ofrecido el cumplimiento de ese extraño deseo durante toda la eternidad.

Creo que es innegable que Sísifo sería mucho más feliz con esta versión del mito. Hay quien podría pensar que esto convierte eficazmente su castigo en una recompensa, o en algo más parecido a una recompensa. Pero no significa que su

vida tenga más sentido. Al contrario, se podría argumentar que su vida ahora tiene menos sentido incluso. En la versión estándar del mito, es posible ver en Sísifo cierta nobleza. Unos seres poderosos y crueles le han impuesto su desalentador destino. Él no puede hacer nada para cambiarlo, ni siquiera morir. Entiende lo desesperanzado de su situación, lo inevitable e ineludible del aprieto en que se encuentra. Sin embargo, en su desprecio hacia los dioses que le han impuesto ese destino, y en su negativa a que los unos o lo otro lo venzan, dota a su vida de una suerte de dignidad trágica y brutal. Tal vez fuera esto lo que el filósofo existencialista Albert Camus tenía en mente cuando concluyó su ensayo *El mito de Sísifo* con la afirmación —o tal vez fuese un consejo— de que «A Sísifo hay que imaginarlo feliz». Ya fuera o no esto lo que pretendía Camus, esa dignidad brutal se pierde en esta reinterpretación de un Sísifo feliz. El Sísifo digno se ve sustituido por un Sísifo iluso, una versión bastante más tonta de Sísifo que el que habita el mito tradicional.

Reinterpretar el mito de esta manera pone de marcado manifiesto el contraste existente entre la felicidad de Shadow y la del iluso Sísifo, engañado por los dioses. La felicidad de Sísifo no forma parte de quién o de lo que es; no sale de él, sino de los dioses. La felicidad de Shadow, en cambio, es una felicidad que se origina en lo más profundo de su naturaleza, que emana de ella. No me

cansaré de resaltar cuán importante llegará a ser este punto.



No es casualidad que una parte tan importante de la vida de Shadow esté unida a la orilla del canal próximo a nuestra casa. Es un lugar aislado, donde no es probable que nos tropecemos con nadie. Y, si lo hacemos, lo veremos venir desde lejos. «El carácter es el destino», como señaló en su día mi filósofo presocrático preferido, Heráclito de Éfeso. El carácter de Shadow está dominado por un rasgo destacado: la *agresividad*. Sinceramente, a lo largo de toda una vida vivida con perros, nunca he visto nada igual. Sin duda confío en que ello no se deba a algo que hice yo. No lo creo: que yo recuerde, siempre ha sido así desde que lo conozco. Cuando era un cachorro de tres meses y solo llevaba viviendo con nosotros un par de días, lo llevé a mi despacho en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Miami. Lo primero que hizo fue arremeter contra el perro de mi compañero, James (llamado así por el filósofo y psicólogo William James), un sharpeagle (es decir, un cruce de shar-pei y beagle). Tuve que apartar a Shadow, tras lo cual también me mordió a mí. Tres meses y ya con serios problemas de control de la ira. Es posible que los motivos residan en su historia, que, como todas las

historias personales, empezó mucho antes de que él naciera.

Shadow procede de una larga estirpe de *Schutzhunde*: perros guardianes. La palabra *Schutzhund* denota tanto un tipo de adiestramiento al que se puede someter a un perro como al perro que ha completado con éxito dicho adiestramiento. El adiestramiento en sí es un poco como artes marciales para perros. Engloba tres elementos: obediencia, rastreo y protección, y la prueba *Schutzhund* consta de tres niveles: *Schutzhund* 1, 2 y 3, de los cuales el 3 es el superior. Tengo el pedigrí de Shadow, que se remonta a sus tatarabuelos. De los treinta y dos perros que forman parte del árbol genealógico, treinta y uno eran *Schutzhund* 3. El restante, la oveja negra vaga de la familia —sí, estoy hablando de ti, Haifa vom Schotterhof—, era *Schutzhund* 2.

Resulta dudoso que el linaje de *Schutzhund* de Shadow explique su agresividad, sin duda no por sí solo. Si acaso, es posible que lo cierto sea lo contrario. Algunos profesionales expertos en perros guardianes —los que compran y adiestran perros para realizar labores de guardia— opinan que tal vez el programa *Schutzhund* incluso podría haber mitigado la agresividad de Shadow. Hay quien dice que *Schutzhund* ha echado a perder al pastor alemán como sería promesa de protección. La teoría es que el componente de obediencia del *Schutzhund* tiene un efecto negativo en el perro verdaderamente agresivo, puesto que un perro así

jamás toleraría la parte de obediencia del adiestramiento, o al menos no todos sus aspectos. Puesto que lograr al menos el *Schutzhund* 1 es un requisito para que se permita la cría de pastores alemanes con papeles en Alemania, estos detractores creen que, a través del programa *Schutzhund*, la agresividad se ha ido arrancando poco a poco del acervo génico. En su lugar, esos mismos profesionales expertos en perros guardianes ahora tienden a comprar pastores holandeses, una categoría semiamorfa que incluye al belga malinois y al más típico perro pastor holandés de pelaje corto y duro. No sé si esta valoración del programa *Schutzhund* es correcta, pero, si lo es, estoy seguro de que a Shadow no le llegó la circular.

Es posible que resulte más relevante el hecho de que su origen se sitúe específicamente en Alemania del Este. Muchos piensan que los pastores alemanes de trabajo de Alemania del Este son más adecuados para la policía y el ejército que para el hogar. Por ejemplo, la K9 University of Chicago (sea lo que fuere) nos cuenta que dichos perros «a menudo son perros policía, perros del ejército y perros de búsqueda y rescate. Esta clase de pastor alemán es muy inteligente, pero puede ser agresivo con los desconocidos. Suelen ser mejores perros de trabajo o guardianes que mascotas». Esto me parece de lo más acertado, y tengo entendido que muchos miembros de la gran familia de Shadow de hecho trabajaron en esos campos. Tal vez a

Shadow le hubiese ido mejor también así. Cuando fui consciente de esa posibilidad, era demasiado tarde. Ya era un miembro de la familia sumamente querido y, por paradójico que pueda resultar para un perro tan agresivo, devolvía ese amor a montones.



Los adiestradores de perros distinguen entre dos formas de agresividad: *activa* y *reactiva*. La agresividad activa, también conocida como *instinto de presa*, es la responsable de las cargas diarias de Shadow canal arriba y canal abajo para perseguir iguanas... y patos y, en distintos momentos del año, garcetas, ibis, buitres y otros animales. Los buitres de invierno son de sus preferidos, sobre todo cuando están en el suelo, agrupados alrededor de un esqueleto. Nunca he visto a Shadow más feliz que cuando arremete contra una de esas bandadas posadas —cuanto más grandes las aves, mejor— y hace que salgan volando hacia todas partes. En esos momentos me recuerda a la famosa respuesta que dio Conan el Bárbaro a la pregunta filosófica que le planteó su maestro: «¿Qué es lo mejor en la vida?», que al parecer capta muy bien la actitud de Shadow hacia los buitres: algo así como aplastar a tus enemigos, verlos derrotados ante ti y oír el lamento de sus mujeres. A menudo incluso basta con un congreso aéreo para que se

vuelva loco. Sabe lo que son. Y el que diga que los perros no son capaces de mirar hacia arriba no ha visto a Shadow escudriñar el cielo.

Desde la perspectiva de un adiestrador de perros, no hay nada mejor que la agresividad activa, ya que esta le ofrece los medios para educar al perro al proporcionarle una fuerte motivación para aprender. Con un perro así, no llegaremos muy lejos a base de premios de comida. Lo que en realidad quiere es algo que perseguir: una pelota, un *frisbee*, cualquier cosa que se mueva de manera que imite, aunque sea vagamente, a una presa. Así es como enseñé a obedecer a Shadow: el *modus operandi* estándar de *Schutzhund* es empezar con comida y pasar a cosas perseguibles inanimadas. Las cosas perseguibles animadas que se alinean a la orilla del canal son la etapa final de su educación. Después de que los arranques iniciales lo hayan moderado un poco, a veces también utilizamos a las iguanas en otros aspectos de su adiestramiento. Un «junto», un «sentado», un «tumbado» o incluso un «tumbado» más largo cerca de una desconcertada iguana, tirante, tensa y preparada para lanzarse al canal que la espera, siempre resultan útiles para mantener a Shadow al día en lo que respecta a las exigencias de la obediencia. Y la subsiguiente puesta en libertad —una alegre oda a la potencia— es algo digno de ver.